

**Bosquejos de los mensajes
para el entrenamiento de tiempo completo
en el semestre del otoño del 2005**

**TEMA GENERAL:
LA VIDA QUE VENDE SEGÚN SE PRESENTA
EN EL CANTAR DE LOS CANTARES**

Mensaje seis

Vencer en la segunda etapa

(3)

**Experimentar la cruz para ser liberados del yo
con miras al Cuerpo de Cristo**

Lectura bíblica: Cnt. 2:14-15; Ro. 6:6; Mt. 16:24; Fil. 3:10; Ef. 2:16; Sal. 43:4a

I. “Paloma mía, que estás en las grietas de la peña, / En lo escondido de escarpados parajes, / Muéstrame tu rostro, / Hazme oír tu voz; / Porque dulce es la voz tuya, / Y hermoso tu aspecto”—Cnt. 2:14:

- A. Cristo desea que aquella que le ama permanezca en la cruz, es decir, “en las grietas de la peña” y “en lo escondido de escarpados parajes”—v. 14a:
1. En el Nuevo Testamento, el significado primordial que tiene la cruz no es el sufrimiento, sino la muerte—2 Co. 4:10-12; *Himnos*, #294.
 2. Cristo desea que todo el tiempo permanezcamos en una condición de crucifixión—Fil. 3:10.
- B. La obra de la cruz al ser aplicada al yo tiene tres aspectos:
1. Necesitamos recibir la revelación de que nuestro viejo hombre fue crucificado con Cristo—Ro. 6:6; 2 Co. 5:14.
 2. Necesitamos reconocer, darnos cuenta y aceptar el hecho consumado de que ya fuimos crucificados—Ro. 6:11; Gá. 2:20.
 3. Necesitamos aplicarnos a nosotros mismos la muerte de Cristo que Él realizó y que reconocimos; éste es el significado correcto de llevar la cruz—Mt. 16:24; Gá. 5:24:
 - a. Tal aplicación tiene que ser realizada en el Espíritu y por el Espíritu—Ro. 8:13.
 - b. Cuando vivimos y andamos en el Espíritu, el Espíritu aplica a nuestro ser la muerte de Cristo—Gá. 5:16, 25.
- C. Ser conformados a la muerte de Cristo es tomar la muerte de Cristo como el molde para nuestra vida—Fil. 3:10:
1. Dios nos ha puesto en el molde de la muerte de Cristo, y diariamente somos moldeados por Dios a fin de que seamos conformados a Su muerte—Ro. 6:3-4.
 2. Nuestra vida debe ser conformada a tal molde: morir a nuestra vida humana a fin de vivir la vida divina—Gá. 2:20; 2 Co. 4:10-11.
 3. Si permitimos que nuestras circunstancias nos presionen hacia dentro de este molde, nuestra vida diaria será moldeada según la forma de la muerte de Cristo—Ro. 8:28-29.

II. “Cazados las zorras, / Las zorras pequeñas, / Que echan a perder las viñas / Mientras nuestras viñas están en cierne”—Cnt. 2:15:

- A. Cristo hace un llamado a aquella que le ama instándola a percatarse de sus propias peculiaridades, hábitos e introspección (las zorras pequeñas), que echan a perder la resurrección de aquella que ama al Señor (nuestras viñas que están en cierne).
- B. Nuestro hombre natural es prejuicioso y torcido y halla su expresión principalmente en nuestras peculiaridades—Hch. 13:13; 3 Jn. 9-10:
 - 1. La peculiaridad es la máxima expresión de nuestro ser natural, la expresión última y final de nuestra vida natural.
 - 2. La peculiaridad es lo que controla y dirige nuestro ser más poderosamente—cfr. Pr. 21:1.
 - 3. Nuestra peculiaridad constituye un factor oculto en nuestro interior, el cual impide que nosotros experimentemos a Cristo y le vivamos—cfr. Fil. 1:19-21a.
 - 4. En nuestro ser, el terreno que le correspondía a Cristo ha sido sutil y ocultamente usurpado y poseído por nuestra peculiaridad; por ende, la peculiaridad es un anticristo terrible en nuestro ser—cfr. Ef. 3:16-17a.
 - 5. El factor divisivo en nuestro ser es nuestra peculiaridad; ella es la raíz de toda división manifiesta—Hch. 15:36-39.
- C. Somos liberados de nuestra peculiaridad por medio de la cruz; siempre que estamos dispuestos a dejar que nuestro yo con nuestras peculiaridades sean crucificadas, experimentaremos a continuación la resurrección—Mt. 16:24; Cnt. 2:11-13.

III. “Mediante la cruz ... [estamos] en un solo Cuerpo”—Ef. 2:16:

- A. El Cuerpo es contrario al yo; el enemigo del Cuerpo es el yo—Col. 2:18-19, 23:
 - 1. Lo que nos impide ver la visión del Cuerpo y practicar la vida del Cuerpo es el yo—vs. 18, 23.
 - 2. El más grande impedimento para la edificación del Cuerpo es el yo—Mt. 16:18, 24.
 - 3. Si hemos de ser conjuntamente edificados en el Cuerpo, es imprescindible que condenemos nuestro yo, nos neguemos a nosotros mismos, rechazemos nuestro yo y renunciemos al mismo—Lc. 9:23-24.
- B. La obra de la cruz alcanza su consumación con el Cuerpo y nos introduce en el Cuerpo—Ef. 2:16; Ro. 6:6; 8:13; 12:4-5:
 - 1. La cruz nos introduce en el Cuerpo y opera en la esfera del Cuerpo; el Cuerpo se convierte en el ámbito donde la cruz opera—Ef. 2:16.
 - 2. Las restricciones que nos impone el Cuerpo nos privarán de nuestras libertades y nos conducirán a la cruz.
 - 3. Únicamente si nuestro yo ha sido completamente aniquilado por la cruz podremos percibir la realidad de la vida del Cuerpo y llegaremos a conocer el Cuerpo—Mt. 16:24-25; Ro. 8:13; 12:4-5; 1 Co. 1:18, 23; 2:2; 12:12, 27.

IV. “Entraré al altar de Dios, / Al Dios de mi alegría y de mi gozo”—Sal. 43:4a:

- A. El altar, la cruz, es el centro del universo—Ez. 43:13-27.
- B. Puesto que la cruz ocupa un lugar central en lo referido a nuestra relación con Dios, no podemos evitarla; todos tenemos que llegar al punto en el cual conocemos la cruz y la aceptamos—Gá. 6:14; Mt. 16:24.
- C. Aunque en todos los aspectos de nuestra vida cristiana nos encontramos con la cruz, la experimentamos de modo particular cuando venimos al altar que está en el centro del edificio de Dios—Ef. 2:15, 21-22.
- D. Mediante la experiencia de la cruz somos introducidos en la realidad de la vida de iglesia—Mt. 16:18, 24.

LA CRUZ: EL CENTRO DEL UNIVERSO

Independientemente de la puerta que utilicemos para entrar al edificio, siempre tendremos que pasar por el altar. En todos los casos y sin excepciones, el altar no puede ser evitado. Todos entramos por medio del Dios-hombre maravilloso, que fue crucificado y que está ahora en resurrección. Si queremos encontrarnos con Dios, es imprescindible que primero vayamos al altar.

El altar está en el centro del edificio. El altar no sólo es el centro del atrio interior, sino también de todo el edificio del templo.

Este altar, que representa la cruz, es en realidad el centro del universo. En cuanto a la relación entre el hombre y Dios, la tierra es el centro. El centro de la tierra habitada es la buena tierra de Canaán, Palestina, porque es el centro que une los continentes de Europa, Asia y África. La ciudad de Jerusalén es el centro de la buena tierra; el edificio del templo es el centro de Jerusalén; y el altar es el centro del templo. Así que, el altar es el centro del universo. Puesto que el altar representa la cruz, esto significa que la cruz es el centro del universo.

Es crucial conocer todo lo que significa la cruz. Según las enseñanzas superficiales del cristianismo, la cruz es el lugar donde el Señor Jesús murió por nosotros. Esto es cierto, pero la cruz representa mucho más que eso. La cruz, centro del universo, representa la muerte todo-inclusiva de Dios, del hombre y de todas las criaturas. La muerte del Señor Jesús en la cruz no fue solamente la muerte de una sola persona, sino la muerte todo-inclusiva que involucra a Dios, al hombre y a todas las criaturas.

Cuando Dios viene del templo para reunirse con el hombre, Él también tiene que pasar por el altar. Por consiguiente, el altar no sólo es el centro del universo, sino también el lugar donde se reúne Dios con el hombre y el hombre con Dios. Si una persona entra por la puerta que da al norte y otra entra por la puerta que da al sur, ambos se reunirán finalmente con Dios y una con otra en el altar.

Dios salió de Su morada, fue a la cruz y murió allí. Primero, Él abandonó Su morada y nació en Belén. Después de vivir en la tierra durante treinta y tres años y medio, Él fue al altar, a la cruz. Mientras padecía allí, Él no estaba solo. Por medio de Su encarnación, Él se había revestido de humanidad. Por tanto, cuando Él murió en la cruz, la humanidad también murió allí. Esto indica que Dios y el hombre se encontraron en la cruz por medio de la muerte.

Dios, sin embargo, no puede ser afectado por la muerte. Por mucha muerte que Él atravesase, Él permanece igual. En realidad, la muerte le ayuda a ser liberado. Dios salió de Su morada, fue a la cruz y murió allí a fin de liberar lo que estaba en Él. Podemos ejemplificar esto con lo que sucede con un grano de trigo. Cuando un grano de trigo es sembrado en la tierra, muere. ¿Es esta muerte algo terrible o algo maravilloso? Debemos declarar que la muerte de un grano de trigo es maravillosa, porque sin esta muerte, no serían liberadas todas las riquezas y las cosas hermosas que contiene el grano. Por esta razón, la muerte de un grano de trigo no es terrible, sino maravillosa. Según el mismo principio, la muerte es una experiencia maravillosa para Dios. El Señor Jesús declaró: "Si el grano de trigo no cae en la tierra, y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto" (Jn. 12:24). Él se refería a Sí mismo como el grano que iba a caer en la tierra y moriría para multiplicarse en muchos granos. Por Su muerte, fueron liberadas las riquezas de la vida divina que se hallaban confinadas dentro de Él. Por ser la vida, la resurrección misma, Él no puede ser aniquilado por la muerte. Todo lo que proviene del hombre puede ser aniquilado, pero todo lo que procede de Dios es liberado por medio de la muerte. Ahora podemos ver que cuando Dios fue al altar, a la cruz, y murió allí, Su vida fue liberada.

Cuando el Señor Jesús murió, también murió el hombre, y esta muerte significa el aniquilamiento del hombre. En la cruz se le puso fin a todo lo negativo relacionado con el hombre. ¡Alabado sea el Señor porque todos fuimos aniquilados en la cruz! Por la muerte todo-inclusiva del Señor Jesús en la cruz, todas las riquezas de Dios fueron liberadas. La muerte de Cristo en la cruz fue una liberación maravillosa para Dios y un aniquilamiento maravilloso para nosotros. Todos necesitamos esta visión del altar. Debemos ver que todos nosotros, jóvenes o mayores, fuimos aniquilados al mismo tiempo en la cruz. Allí, las riquezas de Dios fueron liberadas de su confinamiento, y allí fueron aniquiladas todas las cosas negativas. Por consiguiente, en la muerte todo-inclusiva de Cristo en la cruz nosotros fuimos aniquilados y todo lo de Dios fue liberado del confinamiento en que se encontraba.

Encontramos la cruz por todas partes en nuestra vida cristiana, pero experimentamos la cruz de una manera particular cuando llegamos al altar en el centro del edificio de Dios. Ir al altar en el centro significa ver que todo lo que somos y todo lo que tenemos fue aniquilado en la cruz. Aquí tenemos una

experiencia específica y definida de la cruz y no solamente un conocimiento superficial de ella. En nuestra comunión con el Señor, llegamos a un punto en que tocamos la cruz de una manera específica y definida y sentimos que Dios ya no nos permitirá vivir en nuestro hombre natural. Esto nos quebranta y nos somete totalmente a la cruz. Como resultado, sabremos lo que es la vida natural y lo que significa ser despojados de la vieja creación. Ésta es la experiencia de la cruz como el centro.

Me apena que pese a que muchos de nosotros han escuchado mensajes sobre la cruz, sean tan pocos los que verdaderamente llevan una vida de crucifixión. Por ejemplo, es probable que no llevemos una vida de crucifixión en nuestra vida matrimonial. Si un hermano discute con su esposa, esto indica que ellos no llevan una vida crucificada. Si ellos llevaran una vida crucificada, no se acusarían mutuamente ni se justificarían. Los que llevan una vida de crucifixión no se vindican cuando son atacados o criticados. Ellos experimentan el aniquilamiento de su vida adámica y de la vieja creación por medio de la muerte de la cruz y disfrutan las riquezas de Dios y Su elemento divino, que la cruz liberó.

Cuando algunos santos, especialmente los jóvenes, oigan esta palabra acerca del altar, se asustarán y pensarán que resulta mejor no amar al Señor ni buscarlo ... Ellos tendrán miedo de llegar al altar y de convertirse en holocausto.

Sin embargo, debemos entender que puesto que el Señor ha tenido misericordia de nosotros, no podemos escapar de Él. No fuimos salvos por nuestra propia voluntad. Por el contrario, mientras vagábamos en el mundo, sin ninguna intención de entrar por la puerta, fue el Señor quien nos condujo a la puerta. Sin habérselo propuesto, creímos en Cristo. Esto depende totalmente de la elección de Dios, de Su misericordia y de Su cuidado con el cual Él llegó hasta nosotros. Vemos el mismo principio en nuestro amor por el Señor y en nuestra búsqueda de Él. Si no creyéramos en el Señor, si no le amáramos y si no le siguiéramos, nos sentiríamos incómodos e insatisfechos, pero cuanto más amamos al Señor y más le seguimos, más satisfechos estamos. Esto también depende de la misericordia del Señor. Debido a Su misericordia por nosotros y a Su operación dentro de nosotros, no tenemos otra opción que seguir adelante; no podemos retroceder. Si no avanzamos hacia el altar e intentamos regresar al atrio exterior, nos sentiremos incómodos. Por consiguiente, debemos seguir adelante, hasta llegar al altar.

Finalmente, todos los que son espirituales y siguen al Señor terminan en el altar donde son aniquilados, incluso destruidos, por el Señor. Sin razón aparente, el Señor los derriba y los despoja de todo. Dios acaba con todo lo que somos y con todo lo que tenemos. La señora Guyón experimentó esto y pudo declarar que Dios le dio la cruz. Puesto que amamos al Señor y lo seguimos, tarde o temprano encontraremos la cruz, la cual nos derribará y llevará todo lo nuestro a la muerte. Nos veremos obligados a pasar por la muerte, aun cuando no estemos dispuestos a hacerlo.

No experimentamos la cruz de una vez por todas, la experimentamos continuamente, una y otra vez. Los que siguen al Señor encontrarán la cruz a cada paso. En un momento dado, encontrarán la cruz por medio de sus hijos. En otro momento, encontrarán la cruz por medio de su cónyuge o por medio de alguna enfermedad. En otros momentos, experimentarán la cruz por medio de la iglesia o por medio de los colaboradores. La cruz está por todas partes porque debemos pasar por ella si queremos tener contacto con Dios. Le damos gracias al Señor porque Dios nos da la cruz y la cruz nos da Dios. Los que más aman a Dios y más le experimentan son los que han pasado por la cruz.

Debe impresionarnos el hecho de que llegamos al templo sólo después de pasar por el altar. Mientras que el altar representa la cruz, el templo representa a Cristo y a la iglesia, el Cuerpo de Cristo. La cruz, Cristo y la iglesia son el tema central no sólo del Nuevo Testamento sino también de toda la Biblia. Primero vamos al altar, a la cruz; luego llegamos al templo. Esto indica que no podemos tener la iglesia sin la cruz. Por medio de la experiencia de la cruz, somos introducidos en la realidad de la iglesia. Sólo cuando pasamos por la cruz obtenemos la verdadera vida de iglesia. Por una parte, los que hemos sido salvos nos reunimos para practicar la vida de iglesia; por otra, sólo podemos obtener la realidad de la iglesia después de pasar por la cruz.

Todos debemos llegar a conocer y aceptar la cruz. Entonces mientras pasemos por la cruz, nuestra carne, nuestra vieja creación, nuestro yo y nuestro hombre natural con su vida natural, serán aniquilados. Todo lo que se origina en nuestra humanidad será aniquilado en la cruz. Entonces tendremos la realidad de la iglesia. Entonces seremos uno en el Señor, tendremos la coordinación genuina y disfrutaremos de armonía, descanso y de la presencia de Cristo. Éste es el templo, el lugar donde Dios mora. Ésta es la expresión de Cristo, la realidad de la iglesia. (*Life-study of Ezekiel* [Estudio-vida de Ezequiel], págs. 236-241, 246-247)